

Y las muchachas del agua
hablan, gritan y critican,
y estrellan sus cartapacios
contra canchales de luna.

La fuente sigue vertiendo
los luceros de la cita.

¡Siempre a su Puente queriendo
la heroica Fuente Chiquita!

¡Blanca sangre enamorada
del bravo y gallardo Puente!

¡Siempre novia, novia siempre
sin que se entere la gente!

¡Sólo el poeta, en secreto,
supo de tu amor ardiente!

¡Siempre novia, novia siempre,
Fuente Chiquita del Puente!

EMILIO GONZALEZ HERVAS



Solís Avila,

soberano maestro del
tipismo extremeño en la pintura.



OR dos veces hemos alabado — y muy justamente desde luego — a cierto pintor catalán, entusiasta de Trujillo, donde ha hecho dos magníficas Exposiciones. El Sr. Illa es un fino artista de la escuela de Lhote, y sus producciones eran, en efecto admirables y dignas del mayor encomio. Mas alguien me dijo que cómo no había escrito algo cuando la Exposición de Solís Avila, gran figura extremeña y positivo valor nacional. Yo francamente me excusé como pude y no me faltaba razón, pues llegué a Trujillo en el preciso momento en que se clausuraba su Exposición y se me mostró ya por puro compromiso, pudiendo dar una serena ojeada a sus cuadros. Me gustó mucho, pero no me fué posible tomar nota alguna y se me borraron rápidamente las especies de cada uno de los cuadros, y al no haber podido tampoco conocer personalmente al Sr. Solís Avila, no sentí, en verdad, la sugestión de escribir algo sobre su estilo.

Mas existía en mí un cierto deseo de conocer a este hombre popular en Trujillo, ya que nacido en Madroñera, la del buen vino, su pueblo dista exactamente de nuestra población unos catorce kilómetros y enclavados entre dos sierras, a la vez que se recuesta en el declive de la de arriba, limita por la de abajo con el arrabal todavía de Trujillo denominado Pago de San Clemente, magnífico nid de cigüeñas y paraje interesante de bellas quintas aristocráticas, positiva riqueza y solaz de nuestros hacendados. De sierra a sierra todo este término está poblado de viñedos con frutales, alternando con los olivares, y de vez en cuando aparecen buenos encinares con rollizos álamos, y hasta madroños, de donde provino la denominación de la villa. No faltan tampoco las huertas por donde se desliza tenuemente el río Magasca, que circunda Trujillo a lo lejos y nos evoca antigüedades ligures, si por toponímico hemos de juzgarlo. De hecho existen testimonios paleolíticos que en esta zona hacen creer en una población posterior de tipo céltico, pero ello no excluye la posibilidad de haber sido antes poblada — y es muy probable — por otras razas de las primitivas mediterráneas.

Pues bien: en este pueblo de Madroñera, floreciente y muy urbanizado, que cuenta con más de 6.000 habitantes, nació en 1898 Anto-

nio Solís Avila, popularísimo dibujante de ABC y pintor castizo de Extremadura. Por creerlo yo así, he aquí que hace poco más de un mes, con motivo de mi estancia en Madrid, en uno de los intermedios del Congreso de Estudios Clásicos al que concurría, aproveché la ocasión para visitarle en su estudio de la calle Santa Isabel y ¡cuán grande fué mi satisfacción en casa de tan excelente artista del pincel! Para quienes propagamos con ardor las bellezas artísticas de nuestras ciudades extremeñas, no muy conocidas todavía, verse de repente en un Madrid cosmopolita, reducido a una pequeña estancia que rebasaba el más puro extremeñismo, era algo muy emocionante.

Previos los saludos de rigor, inicio un interesante diálogo con el Sr. Solís Avila, hombre ya maduro, de unos cincuenta y ocho años, según me dice, y muy amante de su tierra, lo cual origina inmediatamente en mí una gran simpatía y más cuando contemplo en un rincón de su estudio la clásica guitarra española, tan propia de estas comarcas tan influenciadas por gustos meridionales. El recuerdo de la rima becqueriana fulguró en seguida en mi mente:

«Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa».

—Veo que es usted aficionado a la guitarra o lo fué, por lo menos.

—Pues, sí, señor. En mis tiempos de juventud me gustaba mucho y me sigue gustando, pero mis ocupaciones profesionales me dejan poco tiempo ya para ello. ¿Ve Vd. ese cuadro que estoy pintando sobre el caballete? Es encargo para un diplomático, norteamericano y que he de entregar el sábado. El Alcalde de mi pueblo, Julio García Oviedo, quiere a toda costa que vaya el domingo a la gran fiesta que celebran con motivo de la inauguración de los nuevos servicios de aguas, Parque y grupos de casas, y le he escrito diciendo que me era imposible...

—Oiga. Eso que pinta me gusta mucho y comprendo que a un yanqui le entusiasme. Yo veo en ese cuadro la más perfecta encarnación del tipismo extremeño: un magnífico jarrión de dorado cobre, con auténtico metal de matiz guadalupeño, una jarra de las típicas trujillanas y hasta los melocotones y manzanas que come se me antojan de Madroñera. Ese campo que aparece entre verdes fresnos y robustos álamos es de las vegas del Guadiana o como de Cañamero.

—Ciertamente todo son reminiscencias visuales del ambiente nativo en que me crié y le recordarán naturalmente la comarca de Trujillo. Ese cuadro representa un contrabandista que ha robado un jarro de los típicos de Guadalupe. El sol ya declina y la palidez de los colores así lo indican, como puede observar. Se ha sentado a merendar a la sombra y amparo de los árboles. La jarra de vino es de las de nuestra tierra. Lleva un traje aristocrático de estilo goyesco: tocado con un pañuelo de azul claro y un gorro charro, camisa

con pechera de encajes, pantalones verdes y guerrera encarnada con sus ribetes, capa colorada y botas altas camperas.

Echo una ojeada a cada uno de los cuadros del aposento, y entre preguntas que le hago y me van aclarando los temas tratados, transcurre nuestra entrevista. Veo en todas sus producciones que está reflejada Extremadura muy a lo vivo. Yo he vivido bastantes años en ambas provincias y en el paisaje pictórico reconocía más o menos el ambiente de las localidades que Solís Avila recordaba en sus trazos magistrales. Allí veía un cuadro que representaba una jira campestre, a la manera trujillana, en Pascuas de Resurrección. El fondo de la escena lo realzan unos álamos altos entre los que aparecen numerosos mozos en mangas de camisa, con su pañuelo colorado al cuello y su faja negra o encarnada y su sombrero de ala ancha y con un tipo esbelto de hombre de Badajoz tirando a bético, que es netamente castúo y que me recuerda a los de La Serena. Se alegran y refocilan unos y otros. Más allá veo todavía otro cuadro que me recuerda el bello paisaje de Jerez de los Caballeros, pero aliado en la representación con ambiente cacereño, —sino salmantino ya— en el que entre álamos y encinas robustas se nos muestran unas tandas de tratantes, antes o después de una feria, con un buen número de becerros, destarándose un hermoso buey ensabanado. El tipo extremeño de la Baja Extremadura está dibujado aquí con la mayor perfección.

Predominan en su pintura los recuerdos de su villa de origen o pueblos limítrofes. Allí estoy viendo, por ejemplo, una buena banda de gitanos con sus jamelgos o rocines agrupados en torno de una encina colosal, sobre un fondo de sembrado, de colorido muy chillón, con algunos chaparros. Semejaba un trozo de Zorita o Miajadas. Y he ahí un hermoso retrato de zagalillo que porta su olla para la leche y a sus pies sentado, como si supiera que le estaban pintando, el acostumbrado «careta», perrito blanco, fiel guardián del rebaño. Es un retrato perfecto, en el que se pueden ver toda clase de detalles: Un muchacho como de unos quince años aparece a nuestra vista con sandalias en sus pies, pero sin calcetines, pantalones de pana y una blusita, más jersey colorado, su sombrero de paño y su basto cayado. El paisaje es abrupto y exuberante a la vez y en el declive de una sierra que indudablemente es la del Puerto de Santa Cruz. Una luz fuerte todavía, pero que declina, me hace pensar en las 4 ó 5 de la tarde. Es de un maravilloso realismo que evoca por entero la comarca trujillana.

Dos retratos individuales reproducen niñas extremeñas con el típico traje regional de los grandes días de fiesta, cuales son en Trujillo sobre todo Pascuas y hasta hace no mucho, Carnavales. Ha de ser una simple muchacha que lleva el verduzco cantarito de aguardiente a su padre, y Solís Avila gustará de mostrárnola con su vestimenta de «pastora» o «campuza»: el refajo, el mandil y la faltriquera, su blusa blanca y el jubón o corpiño, con el pañuelo sobre los hombros atado a la cintura o prescindiendo de él, las medias blancas o matizadas de ciertas franjitas negras, los zapatos abotinados o las

alpargatas, con el pañuelo a la cabeza o sin él, ya que todas estas variantes admite el traje regional extremeño. Pero la nota multicolor aparecerá en Solís con toda la gracia y encanto de la alegre juventud de esta espléndida comarca.

En un magnífico bodegón veo asimismo plasmados entre uvas, cerezas, manzanas, naranjas y granadas, un jarro guadalupense y el indefectible cántaro azulado oscuro, propio de Madroñera, acentuando la nota localista.

De la Exposición efectuada en Trujillo en Septiembre aún se veían cuatro acuarelas: una vista general de la población, la carretera de Cáceres, la parte posterior del Castillo con sus arrogantes torreones, un desfile militar ante la estatua ecuestre de Pizarro en el centenario de su muerte y la vista parcial de Trujillo, tan generalizada teniendo por fondo la Torre del Alfiler, la de Luis Chaves, la del Mirador de las Jerónimas, Santa María, etc. Todo está admirablemente logrado, con muy bien definidos rasgos de exactitud plena.

Veo, finalmente, un retrato de tamaño natural, que es otra acuarela de su padre, en su mismo pueblo, con un libro en la mano, leyendo en la verde campiña. Es una hermosa acuarela pintada con verdadero esmero y mucho cariño, pues Solís Avila es un hombre de gran corazón, bondadoso y sencillo, en el que latén los más fervientes sentimientos de amor a la familia, juntamente con todas las tradiciones extremeñas, que hacen del mismo uno de los más genuinos representantes de la pintura actual de Extremadura, situándole en la misma línea de Eugenio Hermoso y Adelardo Covarsí: valores nacionales bien reconocidos.

Una hermosa fotografía de él pintando en su estudio, debida al popular Alfonso, amigo suyo, me lleva de la mano para las clásicas preguntas: ¿cuál es el género o tipo de pintura por el que siente más preferencia? ¿a qué escuela cree Vd. puede afiliarse su estilo y cuál es el pintor que más imita? ¿Ha hecho muchas Exposiciones?

A todo ello responde brevemente y con verdadera modestia nuestro amable artista:

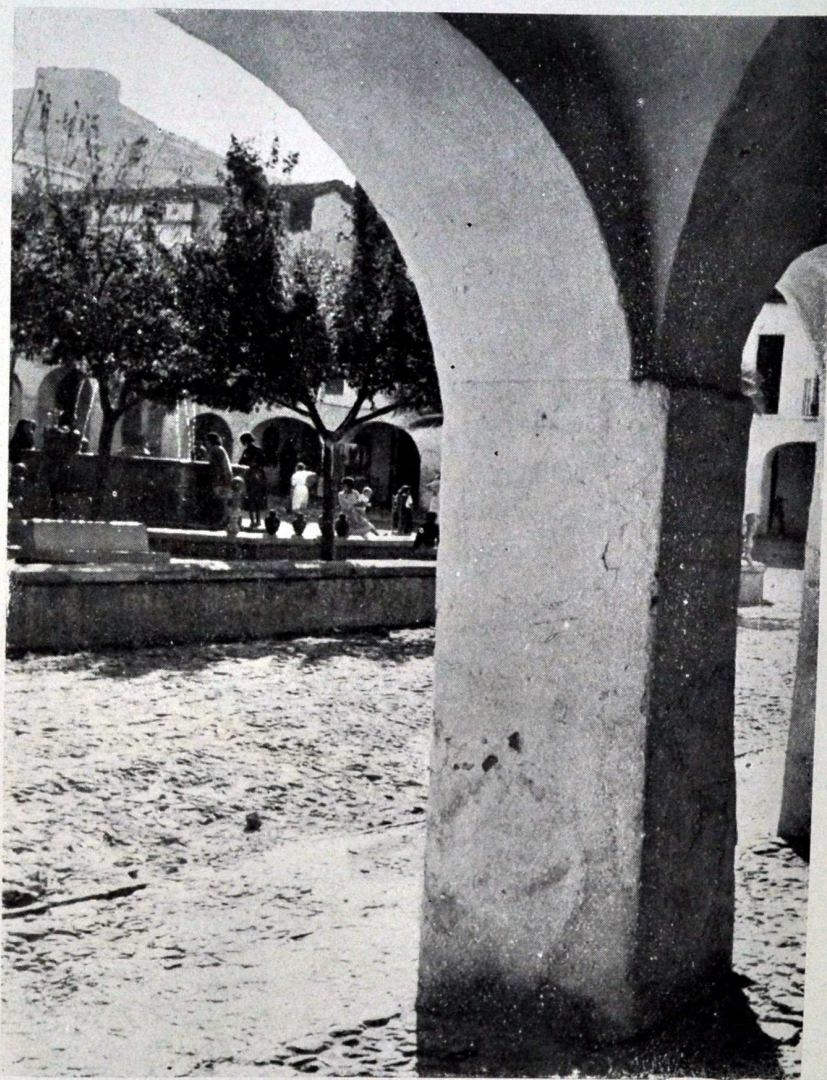
—En lo que más trabajo yo es en el retrato. Lo demás es un explayarme...

—Le comprendo: Poéticamente, diríamos, ¿no es eso? pero con menos cariño también.

—Sí, exactamente. Las exposiciones que he hecho vendrán a ser unas catorce o quince. En Madrid la última fué el año 1953. En cuanto a los pintores que imito si he de concretar alguno, tal vez sea Lucas a quien más tengo en consideración.

—Me parece estupendo modelo, ya que Eugenio Lucas fué el gran pintor español del pasado siglo que tanto se distinguió por su casticismo y aguda visión de lo más representativo de nuestra raza, y Vd. enamorado de nuestra bendita tierra de Extremadura, la de los «dioses» conquistadores, es también su más auténtica representación en la pintura.

Después de hablar alguna cosa más de nuestro Trujillo e incluso



ALBUM EXTREMEÑO.—Plaza de Herrera del Duque
(Badajoz).—Foto Olivenza

de la Feria del Campo, a la que me dijo que posiblemente contribuiría con alguna pequeña aportación, puesto que así se lo habían suplicado, ya me despedía, cuando por los pasillos de su casa aún contemplé con verdadero placer un cuadro de chulapas madrileñas y sobre todo uno muy grande en que se representaban dos crecidos zagales extremeños, con sus mochilas al hombro, y uno de pie comiendo una hermosísima sandía, mientras el otro sentado con un ingente racimo sobre las rodillas se disponía a dar finiquito de las uvas, con la máxima fruición. Unas colosales encinas junto a algunos peñascos me hizo pensar un instante en las que crecen entre las rocas en Plasencia, pero las sandías y las uvas, asociado todo ello al brillante sol que también lucía en el cuadro, me traían a la memoria Villanueva de la Serena y Don Benito y un poco más allá Zalamea, con sus tupidos encinares. Extremadura, por doquier, en la misma capital de España, me parecía surgir en toda aquella tarde por las calles de Madrid, y me acordaba de Pedro Crespo, como de la Serena de la Vera, mezclando lo extremeño con lo nacional en el arte, en la literatura y en la historia, como en nuestros siglos de oro, «cuando los dioses nacían en Extremadura», y una ciudad tan pequeña como Trujillo tenía una proyección tan amplia, tan universal, en el Nuevo Mundo...

ELEUTERIO SANCHEZ ALEGRIA

PENSAMIENTOS

Me moriré de viejo y no acabaré de comprender al animal bípedo que llaman hombre; cada individuo es una variedad de su especie.

QUEVEDO

Quien no ha disfrutado las delicias de un amor casto ignora toda la ventura que es capaz de dar una mujer.

YOUNG

En el matrimonio lo principal no es amarse, sino conocerse.

HERVIEU

Las mujeres deben recordar su origen y, sin ponderar con exceso su delicadeza, han de pensar que todos provienen de un hueso supernumerario en el que no había ninguna belleza, y que, si tienen alguna, han de dar gracias a Dios.

BOSSUET

Un amigo verdadero es otro yo.

ZENON